

## *El retorno del sujeto social en la historiografía española*

*En el presente artículo el historiador Carlos Barros, presidente de los congresos Historia a Debate, realiza un análisis, vía la historiografía española del movimiento obrero de los años sesenta a noventa, y traza las líneas paradigmáticas que demarcaron las investigaciones históricas en este campo. Sin embargo es de notar que los problemas epistemológicos planteados son compartidos en su evolución historiográfica por otras áreas de la investigación social, no sólo de España.*

## *Return of Social Subject in Spanish Historiography*

*In present article Carlos Barros, historian and president of "History under Debate" congresses, analyze the historiography of worker movements between sixties and ninetys and sketches the paradigmatic lines of historical researches at this field. Nevertheless the epistemological problems tackled are shared into historiographic evolution of other fields of social research, not only in Spain.*

# El retorno del sujeto social en la historiografía española

CARLOS BARROS

Descubridora

Pretendemos repasar sumariamente la historiografía sobre conflictos sociales, revueltas y revoluciones, desde la eclosión de los años setenta hasta la recuperación actual del género, tomando en cuenta dos puntos de vista:

1) *Interhistórico*.<sup>1</sup> Intentando ligar la evolución de la temática en las diferentes áreas académicas de conocimiento histórico (especialmente: historia medieval, moderna y contemporánea), desigual —en historia contemporánea, sin duda, se reflexiona más— pero siempre paralela, interrelacionada, en tanto que responde a condicionamientos comunes, internos (disciplinares) y externos (mentales, políticos, sociales).

2) *Desde la historiografía española*.<sup>2</sup> Porque la historiografía española tiene al respecto una rica tradición (algo parecido se puede decir de Latinoamé

<sup>1</sup> Véase la tesis 11 de “La historia que viene”, *Historia a debate*, I, Santiago, 1995.

<sup>2</sup> A fin de ser consecuentes con nuestras afirmaciones en “Inacabada transición de la historiografía española”, *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 24, Bordeaux, 1996.

---

Carlos Barros

Universidad de Santiago de Compostela. Correo electrónico: cbarros@usc.es

rica), desde principios de siglo XX<sup>3</sup> hasta las últimas décadas, que nada tiene que envidiar a la mayor parte de las historiografías extranjeras, cuya influencia benéfica en algunos casos (escuelas *Past and Present* y *Annales*) seguimos reivindicando, a sabiendas de que sus aportaciones renovadoras a la historiografía de los conflictos sociales, sin estar agotadas, más bien lo contrario, nos retraen con todo varias décadas atrás; y porque estamos convencidos de que hoy es posible, además de necesario, que reflexionemos, y que debatamos, sobre la situación de la historiografía española, directamente, sin la habitual mediación de autores y escuelas de otros países, en todo caso referencia imprescindible, en estos tiempos de globalización historiográfica, que exigen, más que nunca, cuidar el perfil historiográfico propio,<sup>4</sup> como único modo de estar presente en los actuales procesos de recomposición de la comunidad internacional de historiadores.

Entre los historiadores contemporaneístas se ha generalizado, en los años ochenta, la denominación —importada de la sociología— “historia de los movimientos sociales” para, trascendiendo la historia del movimiento obrero, ampliar el interés del investigador hacia otros movimientos populares, interclasistas, religiosos, políticos, etcétera. Sin embargo, esta etiqueta es difícilmente exportable al conjunto de los periodos históricos. ¿Qué nos encontramos durante la mayor parte de la historia? Grandes y pequeños conflictos y revueltas, más que movimientos sociales con cierto grado de organización, ideología y continuidad. Es por eso que sostenemos, para no limitarnos al tiempo histórico más inmediato, la vieja —y para nada ambigua— denominación común de conflictos sociales, revueltas y revoluciones,<sup>5</sup> al objeto de poder referirnos de forma interhistóricamente homologable a esta importante faceta del sujeto histórico-social. La historia social ha rehabilitado, hace ya tiempo, las formas de protesta

<sup>3</sup> Anselmo Lorenzo, *El proletariado militante*, 2 vol., 1901-1923; Manuel Núñez de Arenas, *Algunas notas sobre el movimiento obrero español*, 1916; Juan José Morato, *Historia de la Asociación del Arte de Imprimir*, 1925; Manuel Raventós, *Assaig sobre alguns episodis històrics dels moviments socials a Barcelona en el segle XIX*, 1925; Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas-Córdoba (Antecedentes para una reforma agraria)*, 1929.

<sup>4</sup> El retorno de los conflictos sociales, menos notorio en otros países con historiografías de más peso internacional, y la capacidad de autoreflexión demostrada, evidencian la autonomía y la identidad de la historiografía española.

<sup>5</sup> Hobsbawm, en 1971, escribía atinadamente: los numerosos estudios sobre el conflicto social, desde las revueltas hasta las revoluciones, “De la historia social a la historia de la sociedad”, *Historia Social*, núm. 10, 1991, p. 22.

social tachadas de “primitivas”, “apolíticas” o “espontáneas”, que han dado pie, asimismo, a los más valiosos esfuerzos de innovación historiográfica, ingleses y franceses, en el campo de la historia social.<sup>6</sup> La tendencia actual de la sociología ha vuelto, por lo demás, a definir los movimientos sociales en función de las acciones colectivas y los conflictos generados, vinculándolos con el concepto de cambio social.<sup>7</sup>

#### EL AUCE DE LOS AÑOS SETENTA

La homologación de la historiografía española con las corrientes historiográficas más avanzadas, del otro lado de los Pirineos, que tiene sus inicios a los años cincuenta (Vicens Vives), se consolida en los años setenta y ochenta con el relevo generacional —el ascenso de la generación del 68— en los cuadros del profesorado universitario y supone la ruptura —la “primera ruptura”— con la historia tradicional: política, institucional, biográfica. Una de las ramas más productivas de esta nueva historia económico-social es la historia de los conflictos sociales. Sin duda la más radical políticamente (y también historiográficamente al proponer lo que después se llamara “la historia desde abajo”). La lucha por la renovación historiográfica, la lucha por la reforma democrática de la universidad, y la lucha contra la dictadura franquista, iban juntas en aquellos lejanos tiempos. Una buena parte de los jóvenes —y menos jóvenes, pensemos en Tuñón— historiadores que investigan en los años setenta la historia del movimiento obrero, los conflictos y las revueltas, en la historia de España, estaban próximos a los partidos de izquierdas, marxistas y comunistas, que hegemonizaban el ambiente político en las universidades de la época. La participación, más o menos activa —la carrera académica y la militancia política se compatibilizan mal, cuando esta última es clandestina—, en el potente movimiento estudiantil, antes y después de 1968, y la simpatía hacia un emergente movimiento obrero,<sup>8</sup> coadyuvaron a introducir los movimientos sociales históricos como objetos de tesinas y tesis de doctorado,

<sup>6</sup> Carlos Gil Andrés, “Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración”, *Historia Social*, núm. 23, 1995, p. 123.

<sup>7</sup> Manuel Pérez Ledesma, “Cuando lleguen los días de la cólera’ (Movimientos sociales, teoría e historia)”, *Zona Abierta*, núm. 69, 1994, pp. 59-69.

<sup>8</sup> Oficialmente también las ciencias sociales se preguntaban: ¿adónde va el mundo del trabajo?, *Los conflictos sociales en Europa (Coloquio de Brujas, 1964)*, Madrid, 1974.

lo cual se veía a su vez favorecido por la influencia creciente en la academia de las “modas”<sup>9</sup> historiográficas del momento: *Anales* y marxismo.

El redescubrimiento<sup>10</sup> de los conflictos, las revueltas y las revoluciones<sup>11</sup> forma parte, entonces, de la revolución historiográfica, española e internacional, del siglo xx. En 1944, firma Jaume Vicens Vives el prólogo de su *Historia de los remensas en el siglo xv* (tema al que ya dedicara su atención durante la república) y, en 1954, publica *El gran sindicato remensa (1488-1508)*. Su inquietud por abrir espacio a la historia contemporánea conduce a Vicens Vives,<sup>12</sup> y a su grupo, de las revueltas medievales al movimiento obrero: en 1959, se publica *Orígenes del anarquismo en Barcelona* de Casimir Martí,<sup>13</sup> quien, en 1960, elabora, junto con Vicens y Nadal, *Los movimientos obreros en tiempo de depresión económica (Las huelgas: 1929-1936)*. Pero es, como sabemos, en los años setenta, cuando fructifican y se generalizan en toda España las nuevas formas de hacer la historia, en general, y la historia social, en particular.

Una obra colectiva representativa del empuje de la nueva línea de investigación es *Clases y conflictos sociales en la historia* (1977), resultado conjunto de un seminario y una semana de metodología histórica en Oviedo, durante el curso 1974-1975, donde participan J. M. Blázquez (h. antigua), J. Valdeón (h. medieval), G. Anes (h. moderna) y M. Tuñón (h. contemporánea).<sup>14</sup> Julio Man-

<sup>9</sup> Las comillas son debidas a que nos resistimos a la usual y abusiva identificación entre “moda” e “innovación”, en perjuicio de esta última.

<sup>10</sup> Los historiadores románticos-liberales del siglo XIX ya habían descubierto las revueltas medievales y modernas, y los precursores de la historia del movimiento obrero, desde Fernando Garrido y su *Historia de las clases trabajadoras* (1860), las huelgas obreras y las “agitaciones campesinas” (véase la nota).

<sup>11</sup> Joan Reglà dedica, por ejemplo, en 1970, buena parte de su *Introducción a la historia. Socioeconomía-Política-Cultura* (edición catalana en 1968) a las revoluciones y los “procesos acelerados” de la historia, siguiendo naturalmente a Jaume Vicens Vives, *Ensayo sobre la morfología de la Revolución en la Historia Moderna*, Zaragoza, 1947.

<sup>12</sup> Su moderación de burgués reformista (Josep M. Muñoz I Lloret, *Jaume Vicens Vives. Una biografía intelectual*, Barcelona, 1997) subraya la estrecha relación —más allá de las posiciones políticas de los historiadores— entre renovación historiográfica e historia social “dura”, entre revolución historiográfica e interés por el sujeto colectivo.

<sup>13</sup> Con todo, en este mismo congreso, el autor ha matizado que Vicens Vives conoció su trabajo ya terminado.

<sup>14</sup> El carácter interhistórico de las iniciativas renovadoras de hace veinte años se ha visto sepultado, después, por lo que se ha llamado “la primacía del contemporaneísmo”, de muy buenos y muy malos efectos (sobre todo en el campo de la educación).

gas (h. antigua), en el prólogo, parte de una afirmación categórica, sin duda compartida por la mayoría de los autores: “El materialismo histórico se presenta en mi opinión, como la única metodología que dispone de un aparato conceptual preciso y congruente”.<sup>15</sup> El libro termina con un apéndice, elaborado por los alumnos, sobre “Modos de producción capitalistas”, deudor de las *Formaciones económicas pre-capitalistas* (publicadas por Ciencia Nueva en 1967, y por Ayuso en 1975) de Carlos Marx,<sup>16</sup> texto prologado por Hobsbawm, y condicionado por el marxismo estructuralista de Althusser y Balibar, que se había convertido en referencia obligada, y entusiasta, de los jóvenes marxistas españoles: es de Althusser —más que del propio Marx— de donde viene el aparato conceptual al que se refiere Mangas. La filiación estructuralista de la obra se desprende, por otro lado, del mismo título, que hace surgir los conflictos de la existencia objetiva de las clases (antagónicas). En los coloquios que siguen, a las exposiciones orales, le hacen a Valdeón una de esas preguntas que, por aquellos tiempos, tanto nos perturbaban: “A lo largo de su exposición y en el debate, he visto que las cuestiones de la marcha de la Historia se reducen a movimientos objetivos, independientes de la conciencia, de estructuras, ¿dónde, pues, situar el papel del hombre? ¿No se puede encerrar la historia del hombre en fórmulas matemáticas!”.<sup>17</sup> La respuesta lapidaria, habitual por aquel entonces,<sup>18</sup> sería espetar que “el marxismo no es un humanismo”, sin embargo, Julio Valdeón, y en general los historiadores —a quienes por oficio y formación mal les podía sentar un traje estructuralista negador, en puridad, del sujeto y de su historia—, matiza, “Yo no veo esa contradicción”, aunque recae finalmente —fiel a su tiempo, de ahí su representatividad— en la determinación estructural, citando al Marx objetivista: “La conciencia del hombre está determinada por su ser social... ‘el hombre hace la historia, pero en unas condiciones que él no ha elegido’”.<sup>19</sup> Falta sorprendentemente —quizás no tanto— el Marx que escribió, para la Liga de los Comunistas, en 1848, que “la historia de la humanidad es la historia de la lucha de

<sup>15</sup> *Clases y conflictos de clases en la historia*, Madrid, 1977, p. 9.

<sup>16</sup> Se trata de una de las partes más divulgadas de los *Grundrisse*, editados en español unos años antes, en 1972, por la editorial Comunicación.

<sup>17</sup> *Clases y conflictos de clases en la historia*, p. 89.

<sup>18</sup> Lo digo autocriticamente porque sería la que yo mismo habría dado.

<sup>19</sup> *Clases y conflictos de clases en la historia*, p. 89.

clases”, o el Marx joven de los *Manuscritos: economía y filosofía* (Madrid, 1968),<sup>20</sup> o el Marx historiador del tiempo presente de *Las luchas de clases en Francia* (Madrid, 1967) y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Barcelona, 1968). Más allá de la voluntad —y aun de la práctica— subjetivista y hasta globalizadora de los nuevos historiadores de los conflictos sociales, el medio ambiente político-intelectual impuso un enfoque económico-estructural<sup>21</sup> que acabó por relegar una línea de investigación que, llevada hasta sus últimas consecuencias, podría —todavía puede y debe— contribuir a la superación (dialéctica, si se me permite) de la escisión objeto/sujeto en la historia y en las ciencias sociales. Pero sigamos con nuestro repaso sumario.

En historia medieval el paradigma singular es *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV* (1975), de Julio Valdeón, que comienza asegurando que el conocimiento de los conflictos sociales “es imprescindible para una correcta interpretación del proceso histórico” y que los conflictos que interesan “son básicamente aquellos que reflejan las contradicciones fundamentales de la sociedad”, es decir, las contradicciones antagónico-estructurales, “el conflicto entre señores y campesinos”,<sup>22</sup> para concluir equiparando a Castilla y León con el resto de la Europa bajomedieval en cuanto a este fenómeno de la agudización de las tensiones sociales, aseveración muy innovadora si tenemos en cuenta que el paradigma establecido en aquel momento era negar el carácter feudal de la sociedad medieval castellana. Valdeón insiste metodológicamente en que hay que ir más allá de una mera tipología, conectando los conflictos con el contexto, introduciendo las luchas sociales, sobre todo las luchas antiseñoriales, en las interpretaciones históricas del final de la Edad Media castellana, ya innovadas por el enfoque dinámico burguesía/nobleza de

<sup>20</sup> El ejemplar de que dispongo —no lo adquirí en su momento, seguramente por falta de interés— está glosado por su anterior propietario, el cual añadió bajo el nombre del editor-traductor (Francisco Rubio Llorente), entre paréntesis, “socialdemócrata”, lo cual sonaba a grave insulto político en las aulas universitarias españolas de finales de los sesenta.

<sup>21</sup> Modernidad economicista que entraba en contradicción con las obras pioneras de la historia de los movimientos sociales en España más atentas a la subjetividad social y cultural obrera, y popular, paradójicamente más cercana a Thompson que a la propia historia social española de los setenta, Pere Gabriel, “A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España”, *Historia Social*, núm. 22, 1995, pp. 47-48, 52.

<sup>22</sup> *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1975, p. 5.

Viñas Mey o nobleza/monarquía de Luis Suárez,<sup>23</sup> planteamientos, a su vez influidos por la historia social, y que nuestro historiador marxista de los conflictos medievales no rechaza de plano. La novedad que aportó el trabajo de Valdeón —representativo y animador de una notable producción historiográfica sobre las luchas del sujeto social en la Edad Media peninsular<sup>24</sup>— trascendió al medievalismo y a la historia.<sup>25</sup> Si bien la losa del ambiente intelectual del momento, marxista y no marxista, se hacía notar. Julio Valdeón saluda el clásico esquema tripartito —y severamente unidireccional— crisis económica/desequilibrio social/guerra civil, o sea, economía/sociedad/política que —argumenta— aplica Vicens Vives a la Cataluña del siglo xv, como el “camino correcto” para establecer un modelo de estudio de las tensiones sociales, a pesar de tener conciencia de algunos de sus fallos (el descuido de “aspectos tan importantes como las ideologías y las mentalidades colectivas”, y el “determinismo” de la economía), remitiendo a las “estructuras de base” toda comprensión de las revueltas sociales,<sup>26</sup> que de ese modo ven (auto)limitadas sus perspectivas historiográficas, más atentas a la búsqueda de causas<sup>27</sup> que de efectos históricos —sobre las estructuras sociales<sup>28</sup>—, los cuales son manifiestamente

<sup>23</sup> *Ídem*, pp. 10-11.

<sup>24</sup> Isabel Beceiro, *La rebelión irmandiña*, Madrid, 1977; Salustiano Moreta, *Malhechores-feudales. Violencia, antagonismos y alianzas de clases en Castilla, siglos XIII-XIV*, Salamanca, 1978; Esteban Sarasa, *Sociedad y conflictos sociales en Aragón: siglos XIII-XV (Estructuras de poder y conflictos de clases)*, Madrid, 1981; véase asimismo la nota.

<sup>25</sup> Véase la reseña de Valeriano Bozal en *Zona Abierta*, núm. 7, 1976, pp. 114-116; el marxismo compartido facilitaba en los años setenta la comunicación interdisciplinar, dentro de la historia y dentro de las ciencias sociales; el mismo papel de interfaz jugaba la escuela de *Annales*, que al mismo tiempo compartía un terreno común —muy evidente en el caso de Vicens Vives— con la historiografía marxista.

<sup>26</sup> “Tensiones sociales en los siglos XIV y XV”, *I Jornadas de metodología aplicada de las ciencias históricas*, II, Santiago, 1973, pp. 273-275.

<sup>27</sup> Véase también Michel Mollat, Philippe Wolff, *Uñas azules, jacques y ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1976 (París, 1970), pp. 237-241.

<sup>28</sup> La rígida teoría de la sucesión de modos de producción, de amplia resonancia entre los historiadores económico-sociales, impedía ver la relación conflictividad social/cambios estructurales, incluso cuando se abordaban las grandes transiciones, es por eso que armó tanto revuelo, entre historiadores no marxistas y aun marxistas, el herético artículo de Robert Brenner (*Past and Present*, 1976) sobre el rol de las clases y la lucha de clases en la transición del feudalismo al capitalismo, *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en el Europa preindustrial*, Barcelona, 1988, pp. 44 ss (se comprueba una vez más la tardía recepción en España de la historiografía marxista angloamericana, crítica con el estructuralismo y el economicismo).



infravalorados,<sup>29</sup> salvo —en esto se distingue Valdeón de otros historiadores marxistas españoles— en el campo, prácticamente inédito, de las mentalidades: “Evidentemente en ningún caso se produjeron cambios sustanciales en la estructura de la sociedad, a los sumo arrancaron algunas conquistas parciales los rebeldes. Pero la consecuencia esencial de las conmociones populares de fines de la Edad Media se registró en las mentalidades colectivas”.<sup>30</sup> Por todo lo cual la contextualización deseada del actor social queda en suspenso, sin que se demuestre, al contrario, la “función motora” de la lucha de clases que Marx defendía en algunos de sus escritos, y en su práctica política. La tardía reacción de la historiografía marxista occidental contra el dominante estructuralismo —agravada en España por la tardanza de las traducciones al español<sup>31</sup>— llegó cuando la historia de los conflictos sociales iniciaba ya su repliegue.<sup>32</sup> En 1981 se publica, en castellano, *Miseria de la teoría* de E. P. Thompson, una crítica frontal al “nuevo idealismo marxista” de Althusser y sus epígonos locales, los sociólogos Hindess y Hirst, que escribieron algunas perlas que insurreccionaron al historiador británico: “La historia está condenada al

<sup>29</sup> Otros explican los cambios sociales a largo plazo —estructurales— por la evolución lenta de las economías y las civilizaciones, más que por las revoluciones, Michel Mollat, Philippe Wolff, *op. cit.*, pp. 273-274.

<sup>30</sup> “Tensiones sociales en los siglos XIV y XV”, p. 279.

<sup>31</sup> El retraso español y la autarquía académica provocados por el franquismo, la potencia de la escuela de *Annales* y la cercanía de Francia, el desconocimiento del idioma inglés, han coadyuvado a que se ignoraran, durante los años sesenta, las obras que jalaron la renovación inglesa de la historia social de las revueltas, los conflictos y las clases; véase la nota .

<sup>32</sup> La segunda gran obra de historia medieval sobre conflictos sociales se edita en ese momento: Reyna Pastor, *Resistencias y luchas campesinas en la época del crecimiento y consolidación de la formación feudal Castilla y León, siglos X-XIII*, Madrid, 1980.

empirismo por la naturaleza de su objeto (...) El marxismo, como práctica teórica y política, no se beneficia en nada con su asociación a la historia escrita y a la investigación histórica. El estudio de la historia no sólo carece de valor científico, sino también de valor práctico".<sup>33</sup> Se puede decir que adoptando el estructuralismo, como las restantes ciencias humanas y sociales, los historiadores pusimos el zorro a vigilar las gallinas.

También en 1975, Ricardo García Cárcel publica *Las germanías de Valencia*. Libro —derivado de una tesis doctoral dirigida por Joan Reglà<sup>34</sup>— que juega el mismo papel de vanguardia historiográfica<sup>35</sup> que el trabajo citado de Julio Valdeón,<sup>36</sup> en el campo de los modernistas, y está por tanto sujeto a las mismas limitaciones que derivan de los paradigmas compartidos por el marxismo y las ciencias sociales de la segunda posguerra que se difunden en la España de los años setenta. La obra de García Cárcel es la puesta el día —hoy todavía no plenamente superada<sup>37</sup>— de la investigación sobre la revuelta de las germanías, que tenía como precedentes los enfoques de la historiografía tradicional, desde el romanticismo liberal hasta el positivismo, para lo cual se sirvió del típico paradigma estructural-funcionalista de los años sesenta: condiciones estructurales y coyunturales (subordinadas a las primeras) y pobres efectos históricos

<sup>33</sup> Barry Hindess, Paul Q. Hirst, *Los modos de producción precapitalistas*, Barcelona, 1978 (Londres, 1975), pp. 313-315; E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981 (Londres, 1978), pp. 10-11.

<sup>34</sup> Véase la nota.

<sup>35</sup> Son memorables asimismo los estudios sobre las comunidades de Castilla: Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, *Las comunidades como movimiento antiseñorial (La formación del bando realista en la guerra civil castellana de 1520-1521)*, Barcelona, 1973; Joseph Pérez, *La revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid, 1977; y otros análisis históricos de conflictos sociales en el Antiguo Régimen como: Antonio Domínguez Ortiz, *Alteraciones andaluzas*, Madrid, 1973; J. M. Palop Ramos, *Hambre y lucha antifeudal. Las crisis de subsistencias en Valencia (siglo XVIII)*, Madrid, 1977; Bartolomé Yun, *Crisis de subsistencias y conflictividad social en Córdoba a principios del siglo XVI*, Córdoba, 1980.

<sup>36</sup> A la hora de elegir tres obras de referencia que nos permitiesen estudiar las bases paradigmáticas de la historia del movimiento obrero y de la conflictividad social, hemos tenido muy en cuenta el marxismo proclamado de los autores, que les hace mucho más representativos.

<sup>37</sup> El libro de Eulalia Duran (*Les germanies als països catalans*, Barcelona, 1982) tiene parecida base teórico-metodológica que la obra de García Cárcel, si bien amplía el estudio al principado de Cataluña, etc.; lo mismo pasa con el libro de Stephen Haliczer (*Los comuneros de Castilla. La forja de una revolución, 1475-1521*, Valladolid, 1987 —Wisconsin, 1981—) que abraza de manera explícita los principios metodológicos del estructural-funcionalismo (*idem*, pp. 22-23, 293), organizando su obra de manera semejante a los historiadores marxistas de influencia althusseriana.

(en su conclusión habla el autor de “la ‘poquedad’ de la revuelta agermanada”<sup>38</sup>), y entre ambos extremos, tan desigualmente tratados, el desarrollo cronológico de los acontecimientos y la estructura geográfica y sociológica de las germanías.

Para la emergente historia contemporánea la referencia paradigmática es, sin lugar a dudas, Manuel Tuñón de Lara, quien, además de su obra —no sólo empírica, también volcada en la reflexión metodológica e historiográfica,<sup>39</sup> como en el caso de Valdeón—, lleva a cabo año tras año, a lo largo de la década de los años setenta, una labor organizativa clave para comprender el auge en España de la historia social de los siglos XIX y XX: los Coloquios de Pau.<sup>40</sup> Su libro más significativo, a los efectos de esta reseña crítica de la historiografía de los conflictos sociales, es *El movimiento obrero en la historia de España* (1972), que sigue el consabido esquema tripartito — a veces cuatripartito, incluyendo la ideología—, es decir, la economía (estructura y coyuntura), la sociedad (condición obrera) y la política: los acontecimientos (huelgas y conflictos), las organizaciones y ciertos hechos directamente políticos (elecciones y guerras); persiguiendo el contexto, en línea con el paradigma común, más por el lado de las causalidades que por el de los efectos, en cierta contradicción con el título del libro, que constituyó en su momento —y todavía constituye hoy— una referencia monumental, y renovadora, una base sólida para lo que después será la historia del movimiento obrero en España.<sup>41</sup>

<sup>38</sup> *Germanías de Valencia*, Barcelona, 1975, p. 240.

<sup>39</sup> *Introducció a la història del moviment obrer*, Barcelona, 1966; *Metodología de la historia social en España*, Madrid, 1973.

<sup>40</sup> Véase José Luis de la Granja, Alberto Reig Tapia (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, 1993.

<sup>41</sup> Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España (1864-1881)*, Barcelona, 1972; Miquel Izard, *Industrialización y obrerismo. Las Tres Clases de Vapor, 1869-1913*, Barcelona, 1973; Juan Pablo Fusi, *Política obrera en el País Vasco (1880-1923)*, Madrid, 1975; José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español*, Madrid, 1976; Juan José Castillo, *EL sindicalismo amarillo en España (1914-1918)*, Barcelona, 1978; José María Maravall, *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, 1978; Xavier Paniagua, *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español (1930-1939)*, Barcelona, 1982; Aurora Bosch, *Ugetistas y libertarios. Guerra civil y revolución en el País Valenciano*, Valencia, 1983; Santos Juliá, *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, 1984; Julián Casanova, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, 1985; Manuel Pérez Ledesma, *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, 1987; David Ruiz, *Insurrección defensiva y revolución obrera. El octubre español de 1934*, Barcelona, 1988.

Tuñón ha sido, también, un ejemplo —por su biografía, lo que es raro entre académicos, y por su trayectoria profesional— de algo que se ha ido perdiendo a lo largo de los años ochenta:<sup>42</sup> el compromiso del historiador (“la vida nacional no puede concebirse sin los obreros”<sup>43</sup> aseguraba, en 1972, pensando sin duda en presente y en futuro).

En sus trabajos metodológicos, Tuñón de Lara es explícito al hablar de sus deudas: Labrousse, Braudel y el materialismo histórico. Factores determinantes, estructuras latentes, coyunturas manifiestas —con su funcionalismo detonante—, métodos cuantitativos y —en cierta contradicción con lo anterior— el principio de la centralidad de la lucha de clases:<sup>44</sup> “El estudio de los conflictos y de sus factores, a todos los niveles, constituye hoy la parte central e indispensable de la ciencia histórica”.<sup>45</sup> Sin que se llegue a reconocer abiertamente, como en el *Manifiesto comunista*, que esa constante histórica conflictiva es —o puede ser, no se trata de una ley de “cumplimiento obligatorio”, añadiríamos nosotros— el “motor de la historia”. Es imposible ver la incidencia de los actores sociales en la historia si éstos no se hacen mayores y se “despegan” de las estructuras. Dificultad epistemológica que ha convertido, a menudo, los trabajos de investigación histórico-social en simples descripciones positivistas. ¿Cómo explicar el cambio social si los conflictos sociales no afectan a las estructuras sociales? Pues de dos maneras, y ambas marginan a la gente común, al sujeto social, mediante el cambio tecnológico-económico (respuesta estructural) o mediante el cambio político (respuesta tradicional). La síntesis, averiguar el interfaz histórico sujeto/objeto, es todavía tarea del futuro (inmediato).

Con todo, los trabajos pioneros que hemos analizado críticamente, y otros muchos que les siguieron, o que les antecedieron, han supuesto un paso de gigante —hay que recordarlo porque se olvida— en la evolución historiográfica española, en cuatro sentidos: a) introducen en la universidad la historia del movimiento obrero y de las revueltas sociales, temas que, hasta los años setenta,

<sup>42</sup> Casimir Martí remata su conferencia en este congreso (*Historia e historiografía del movimiento obrero: mi experiencia*) preguntándose si “la exorcización de todo concepto inspirado en alguna utopía ética o política, incluso en el caso de ser asumido como hipótesis de trabajo” no equivale en la práctica a “dar vida a una historiografía útil al orden, o desorden, establecido”.

<sup>43</sup> *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, 1972, p. 12.

<sup>44</sup> Hay que advertir que el término “lucha de clases”, mientras existió la censura, se substituyó normalmente por el de “conflictos sociales”.

<sup>45</sup> Manuel Tuñón, “Problemas actuales de la historiografía española”, *Sistema*, núm. 1, 1972, p. 44.

estaban marginados académicamente; b) contribuyen a divulgar —o rememorar— fuera de la academia tradiciones de luchas sociales, por una vida digna y por la libertad de las personas,<sup>46</sup> que estaban olvidadas por sus protagonistas y herederos (la historia al servicio de la recuperación de la memoria colectiva); c) permiten la superación crítica de los viejos enfoques romántico-liberales que fabricaron mitos persistentes sobre dichos acontecimientos; y d) aportan nuevas explicaciones económico-sociales, pueda que incompletas pero científicamente superiores a las descripciones eruditas o a las vetustas interpretaciones de tipo conspirativo sobre “la manipulación de las masas” por parte de líderes, organizaciones y partidos de “intereses oscuros”.<sup>47</sup> Explicaciones económico-sociales que serán, simultáneamente, la gran aportación por su novedad y el talón de Aquiles por su determinismo de la historiografía social de los años setenta.

La gente común, los obreros, los campesinos, no existían para la historia que se escribía hasta que un grupo de jóvenes y menos jóvenes historiadores —principalmente marxistas y *annalistas*—, pronto instalados académicamente, decidieron ocuparse de ellos. No es poca cosa considerando que, mientras tanto, la sociología, la ciencia política y la psicología trataban las revueltas como “comportamientos desviados”, obra de delincuentes sociales,<sup>48</sup> y a sus protagonistas como masas movidas por motivaciones irracionales.<sup>49</sup> La historia se anticipó, pues, a la sociología y a otras ciencias sociales en la recuperación del sujeto social, antes de mayo del 68, y ahí reside el problema, porque las otras ciencias

<sup>46</sup> Rogelio Pérez Bustamente escribe en el prólogo al libro de Javier Ortiz Real, “Es algo más, pienso yo, que una lucha de clases que enfrenta a los señores y a los campesinos..., se trata de defender lo más importante de todo, la libertad frente al régimen señorial... con la facultad de romper en cualquier momento su vínculo de dependencia”, *Cantabria en el siglo XV. Aproximación al estudio de los conflictos sociales*, Santander, 1985, p. 16.

<sup>47</sup> Cuando se publicaron en España los primeros estudios históricos sobre conflictos sociales imperaba oficialmente —y tenía su influencia en la universidad!— la teoría de la conspiración judeomasónica-comunista para “explicar” los movimientos sociales tachados de “subversivos”; el riesgo permanente de la historiografía renovadora era, y es, en contraposición con lo anterior, negar el rol de los líderes, organizaciones sindicales y partidos en las luchas sociales...

<sup>48</sup> Un panorama ilustrativo al respecto son los manuales de sociología y politicología manejados en la España de los años 70, Manuel Pérez Ledesma, “Cuando lleguen los días de la cólera” (Movimientos sociales, teoría e historia), *Zona Abierta*, núm. 69, 1994, p. 52 n 1; cuando el sociólogo Alain Touraine, a finales de los setenta, principia a trabajar sobre los movimientos sociales, ya estaban puestas las bases historiográficas, en francés y en inglés, años cincuenta y sesenta, de la nueva historia social, *idem*, pp. 53-54.

<sup>49</sup> Julio Seone y otros, “Movimientos sociales y violencia política”, *Psicología política*, Madrid, 1988, p. 201.



humanas ahogaron la prematura subjetividad de la nueva historia, que no pudo exportar su experiencia a contracorriente por diversas razones, en primer lugar por algo que nuestra disciplina arrastra desde la primera revolución paradigmática, el positivismo: cierta incapacidad teórica.

Resumiendo: los propios pecados de la historiografía y la influencia de la economía, el estructural-funcionalismo y el cientifismo, dictaron una lectura objetivista y economicista de la práctica histórica, a partir de la II Guerra Mundial,<sup>50</sup> que diluyó nuestros tempranos esfuerzos historiográficos en favor de una historia con sujeto, es decir, de enfoque más global.<sup>51</sup>

El papel tan secundario que el paradigma objetivista dominante hacía jugar al sujeto de la historia lleva casi a su desaparición de la escena historiográfica. El mismo Hobsbawm, en su conocido artículo, “De la historia social a la historia de la sociedad” (1971), nostálgico de una historia total que no llega,<sup>52</sup> mantiene la idea de un fuerte “vínculo entre historia social e historia de la protesta social”, que “sigue constituyendo un laboratorio perfecto para el historiador”, pero toma nota ya del “predominio de lo económico sobre lo social” a causa de la influencia del marxismo y de la “escuela histórica alemana”,

<sup>50</sup> Carlos Barros, “El paradigma común de los historiadores del siglo XX”, *Estudios Sociales*, núm. 10, Santa Fe, 1996, p. 39.

<sup>51</sup> Josep Fontana, siguiendo a los historiadores marxistas ingleses, quiso esbozar una vía distinta, no estructuralista, en la historiografía española, que no tuvo continuidad, para “la averiguación de los nexos que enlazan los hechos económicos con los políticos o los ideológicos”, *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Barcelona, 1973, p. 5.

<sup>52</sup> Esta idea de alargar el concepto de historia social hasta confundirlo con la noción de historia global, identificando sociedad con totalidad, que también sedujo a Lucien Febvre, no nos ayuda mucho a los que creemos que el problema historiográfico y teórico de la historia global sigue sin resolver.

“de la absoluta superioridad de la economía sobre las otras ciencias sociales”, y del “consenso tácito de los historiadores” de partir del estudio de la estructura económica y social “hacia afuera y hacia arriba”, asegurando que “soy la última persona que desearía desanimar a los interesados en estos temas [las revoluciones], no en vano he dedicado buena parte de mi tiempo profesional a ellos. Sin embargo...”, y aconsejando finalmente que se inserten las revoluciones en periodos temporales más amplios, persiguiendo “la comprensión de la estructura”.<sup>53</sup> Lo cual no está mal si no no fuese porque, acusando el impacto objetivista sin luchar frontalmente contra él (como hará Thompson más tarde), se favorece, cualquiera que sea la intención del autor,<sup>54</sup> el relegamiento de la acción colectiva en la historia, el academicismo y la hostilidad a la teoría.<sup>55</sup>

¿Cuál es el problema? Que el estructural-funcionalismo fue pensado para integrar productivamente el conflicto social en la estructura y evitar, en lo inmediato, la posibilidad de un cambio social radical.<sup>56</sup> Su hegemonía en las ciencias sociales de la posguerra potenció la difusión del Marx maduro del prólogo a la *Crítica de la economía política* (1859), que veía la revolución social como resultado de las contradicciones (objetivas) entre fuerzas productivas y relaciones de producción, en detrimento del Marx joven del *Manifiesto comunista* (1848) que veía la historia de la humanidad como resultado de la lucha de clases, con lo cual no sólo el marxismo quedó desnaturalizado, *handicapé*, sino que el conjunto de los historiadores sociales se encontraron, casi sin percatarse, por causa de los “consensos tácitos” propios de la academia, que tan bien explicó Kuhn y que refleja el citado artículo de Hobsbawm, sin temas tan sustantivos de investigación como los conflictos, las revueltas y las revoluciones. Pero la historia no puede prescindir del sujeto sin suicidarse como disciplina, por algo regresó con

<sup>53</sup> *Historia Social*, núm. 10, pp. 5-7, 15, 22-23.

<sup>54</sup> Ya hemos hablado de la tardía reacción de la historiografía occidental, a los ataques del estructuralismo —y sus aliados objetivos— a la disciplina histórica, y esto en el mejor de los casos —la historia social inglesa— porque en Francia, en tiempos de Fernand Braudel y los segundos *Annales*, no sólo no se reaccionó sino que se llevó hasta sus últimas consecuencias, para bien y para mal, la adaptación a los paradigmas objetivistas: geohistoria, larga duración, etcétera.

<sup>55</sup> Para paliar todo esto, entre otras cosas, surge en los años setenta, en Gran Bretaña, el movimiento del *History Workshop* y la “historia desde abajo”, Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, 1984 (Londres, 1981).

<sup>56</sup> *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales*, Madrid, 1982 (UNESCO, 1970), pp. 362-363.



tanta fuerza —tentando ocupar el sitio que dejó libre el actor social— el sujeto tradicional: individual, político, narrativo.

### EL GIRO DE 1982

En 1982, dos jóvenes historiadores sociales, José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, publican un artículo, “Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?”,<sup>57</sup> que por su osadía y ambición,<sup>58</sup> representatividad<sup>59</sup> y consecuencias, merece figurar destacadamente en los anales de la reflexión historiografía autóctona.<sup>60</sup>

Los autores dicen no renunciar a “la centralidad de las luchas obreras”, afirman que “se puede seguir haciendo historia del movimiento obrero, pero con nuevas orientaciones”, que “nadie puede ignorar su decisiva importancia en los

<sup>57</sup> *Revista de Occidente*, núm. 12, 1982, pp. 19-41.

<sup>58</sup> El hecho de que el término “ambicioso” —al igual que “optimista”— haya adquirido connotaciones peyorativas entre no pocos historiadores —por ejemplo, a la hora de evaluar un proyecto de investigación—, prueba cierto agotamiento generacional de ideas y de ánimos, y no sólo en España.

<sup>59</sup> Pere Gabriel lo ve como el resumen final de una serie creciente de posiciones críticas, como el fin de un cielo, “A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España”, *Historia Social*, núm. 22, 1995, pp. 45, 52.

<sup>60</sup> Uno no deja de sorprenderse que se haya dejado pasar la ocasión del núm. 10 de *Historia Social* (1991), dedicado a “Dos décadas de historia social”, para reeditar este trabajo, entre otros; al final va a tener razón Santos Juliá cuando critica a esta publicación —la mejor de la que disponemos— por no publicar más que traducciones sobre cuestiones de teoría e historiografía, “La historia social y la historiografía española”, *Ayer*, núm. 10, 1993, p. 44.

últimos ciento cincuenta años de historia europea. No hicieron la revolución que soñaban, pero forzaron una serie de cambios que han marcado profundamente las sociedades”, cambios que “se ven curiosamente minimizados por la ‘historia del movimiento obrero’ clásica que, de esta forma, tira piedras contra su propio tejado”.<sup>61</sup> Pero dicha centralidad, se quiera o no, resulta menguada al negársele, a la historia del movimiento obrero, el “estatuto epistemológico privilegiado” de que disfrutaba y al sustituirla por la “historia de los movimientos sociales”.<sup>62</sup>

Las críticas que se hacen a la historia del movimiento obrero de los años setenta son de tres tipos: a) una historia militante, semi-clandestina,<sup>63</sup> teleológica, obrerista, beaturróna<sup>64</sup> y autocomplaciente, puro “realismo social”; b) una historia simplificadora, determinada por la economía, basada en esquemas preconcebidos que excluyen las hipótesis previas, dominada por el marxismo vulgar;<sup>65</sup> c) una historia tradicional, centrada en el estudio de las ideologías, las instituciones —sindicatos y partidos obreros— y los individuos —dirigentes obreros.<sup>66</sup> El exceso de la crítica y su unilateralidad<sup>67</sup> es tan obvio como probablemente necesario: no se hace una tortilla sin romper algunos huevos.

Las propuestas de los dos autores son, consecuentemente: despolitizar la historia social española, hacerla más académica, liberarla de apriorismos ideológicos, renovar la temática (estudiar a los trabajadores y sus condiciones de

<sup>61</sup> *Revista de Occidente*, núm. 12, pp. 38-39.

<sup>62</sup> *Ídem*, pp. 38, 40.

<sup>63</sup> Otros han llamado a esta historia supercomprometida, nacida de la militancia antifranquista, “frentepopulista”, Carlos Barros “Inacabada transición de la historiografía española”, *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 24, Bordeaux, 1996, p. 474.

<sup>64</sup> Santos Juliá, “Fieles y mártires. Raíces religiosas de algunas prácticas sindicales en la España de los años treinta”, *Revista de Occidente*, núm. 23, 1983.

<sup>65</sup> La reacción contra el marxismo vulgar no supuso, por parte de los renovadores españoles, en contraposición con lo sucedido en Inglaterra, la proposición alternativa de “otros” marxismos, empezando por los que están en el mismo Marx: el éxito político del PSOE, una vez abandonado el marxismo, digamos que no ayudó nada, en este aspecto, al rearme intelectual de los historiadores sociales.

<sup>66</sup> Se sobreentiende que la crítica es también autocrítica; los propios autores, antes y después de su artículo-manifiesto, se dedicaron brillantemente a estos géneros tradicionales: José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español*, Madrid, 1976; Manuel Pérez Ledesma, *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, 1987; José Álvarez Junco, *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogía populista*, Madrid, 1990 (véase la reseña laudatoria publicada en la revista dirigida por Tuñón de Lara, *Historia Contemporánea*, núm. 5, 1991, pp. 247-239); Manuel Pérez Ledesma (coord.), *El Senado en la historia*, Madrid, 1995.

<sup>67</sup> Con toda evidencia, se tira piedras en el propio tejado al no valorarse mejor el papel renovador de la historia social en la España del tardofranquismo y la transición.

vida y de trabajo, otros movimientos sociales y políticos, la patronal, partidos no obreros, la relación de las clases con el Estado) y metodológicamente (aprendiendo de la sociología y otras ciencias sociales, y de la historiografía inglesa<sup>68</sup> y francesa —historia de las mentalidades<sup>69</sup>), en suma, “salir del marco, a veces asfixiante, en que se han movido hasta ahora los estudios de historia del movimiento obrero”.<sup>70</sup>

Como programa renovador lo dicho sigue vigente: quedan no pocas cosas que innovar en la historia los movimientos sociales en España, sobre todo ahora que retornan historiográficamente los conflictos sociales, pero también mucho por superar del planteamiento hipercrítico, iconoclasta, de 1982.

Lo primero es apoyar si cabe más decididamente el resurgir de la historia de conflictos y revueltas, que los excesos renovadores de los años ochenta han contribuido a marginar, pese a la mejor intención de sus promotores: como historiadores sabemos que los resultados históricos, y también los historiográficos, son, en buena medida, involuntarios, entran en juego otros factores, internos y externos, además de nuestra “elección racional”.

Lo segundo es hacer justicia historiográfica —el reconocimiento personal ya la han hecho los propios autores en el artículo citado<sup>71</sup>— a Tuñón de Lara después de la inevitable “muerte del padre” ejecutada por nuestros críticos. No parece que sea de recibo aplicar a Tuñón de Lara el retrato dogmático, teleológico y tradicional, salvo los condicionamientos y las limitaciones historiográficas e ideológicas de la época, tanto más si no se deja claro su papel esencial en la “primera ruptura”.<sup>72</sup> La temática de huelgas y conflictos, de ideologías sindicales y políticas, de sindicatos, partidos y líderes obreros, sabemos hoy sobradamente que no decide por sí misma si una historia es vieja o nueva, es la innova-

<sup>68</sup> Las obras principales inglesas sobre movimientos y revueltas sociales fueron traducidas al español, en los años setenta y ochenta, por las editoriales Siglo XXI y Crítica, sin que —hasta los años noventa— hayan influido demasiado en la historiografía social española.

<sup>69</sup> Sobre su tardía recepción en España, véase Carlos Barros, “Historia de las mentalidades: posibilidades actuales”, *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, pp. 59 ss.

<sup>70</sup> *Revista de Occidente*, núm. 12, p. 40.

<sup>71</sup> “Tuñón de Lara, maestro y amigo de toda esta generación, incluso de quienes discrepamos a veces de sus planteamientos”, *idem*, p. 20; véase la nota siguiente.

<sup>72</sup> Cosa que, sin embargo, sí se hace, después, en Manuel Pérez Ledesma, “Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero”, *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, 1993, pp. 204 ss.



ción de los enfoques —amén de la calidad de los resultados— lo que más vale.<sup>73</sup> Además, acaso no escribía el propio Tuñón, autocríticamente, en 1973, que “el enfoque episódico de la historia laboral (es decir, un contenido relativamente nuevo y preciso, pero con métodos antiguos), en el que todos hemos incurrido en mayor o menor escala, parece que está en trance definitivo de superar”.<sup>74</sup> No ha sido así, pero las culpas sería injusto cargárselas todas a Tuñón —como tampoco los efectos últimos de la renovación a los citados autores—, que tenía clara —no era otra su experiencia— la necesidad de abrirse a nuevos métodos y temas para

<sup>73</sup> Tesis 8 de “La historia que viene”, *Historia a debate*, I, 1995, pp. 104-105.

<sup>74</sup> *Metodología de la historia social de España*, Madrid, 1973, p. 91.

tratar la historia del movimiento obrero, como reconocen —y citan— sus propios críticos para afianzar sus planteamientos,<sup>75</sup> y, en concreto, a la historia de las mentalidades sociales.<sup>76</sup> Ciertamente si dejásemos de lado la historia del movimiento obrero,<sup>77</sup> la cuestión cambia, entonces, la obra de Tuñón de Lara —y la de los propios autores del artículo—, nos sería menos útil.

Lo tercero es criticar que los defensores de la “segunda ruptura” se hayan concentrado justamente en la renovación temática y metodológica, y hayan dejado el paradigma subyacente incólume. Porque la debilidad de la historia social de los años setenta está principalmente en el paradigma economicista, estructuralista y objetivista que la informó, la contradujo y la refrenó. Cuestionan los autores el reduccionismo económico, pero nada dicen del corsé estructural y objetivista,<sup>78</sup> lo cual concuerda con la conclusión final de nuestra crítica (de la crítica): se quiera o no se echó el niño por el agujero de la bañera junto con el agua sucia. A pesar de la centralidad formalmente proclamada de las luchas sociales, la ampliación temática y la emergencia social e ideológica de lo que —años después— Ignacio Ramonet llamó pensamiento único, relegaron, en la década de los ochenta, la investigación académica de los movimientos obreros, conflictos, revueltas y revoluciones.<sup>79</sup> Esta tendencia objetiva del contexto socio-político, esto es, la ola neoconservadora liderada por M. Thatcher y R. Reagan, ha sido factor decisivo en el retroceso del sujeto social de la realidad y de las investigaciones históricas. Ahora bien, faltó esa función crítica del historiador insistiendo más en aquellos temas que, siendo pertinentes científicamente, podían resultar desfavorecidos por la coyuntura político-ideológica.

La necesidad de renovación temática y metodológica manifestada en el artículo de *Revista de Occidente* era compartida, a principios de los años ochenta

<sup>75</sup> *Revista de Occidente*, núm. 12, p. 38.

<sup>76</sup> Que hoy sigue estando muy ausente de la historia contemporánea de los movimientos sociales pese a Tuñón, Álvarez Junco y Pérez Ledesma.

<sup>77</sup> En cierto sentido, así fue, como se reconoce en Pere Gabriel, Josep Ll. Martín, “Clase obrera, sectores populares y clases medias”, *La sociedad urbana en el España contemporánea*, Barcelona, 1994, pp. 134-135.

<sup>78</sup> A pesar de que, en 1981, se había publicado *Miseria de la teoría* y de que los autores habían sabido identificar una de sus consecuencias más negativas: la infravaloración de los resultados históricos de los conflictos.

<sup>79</sup> Afortunadamente no del todo (véanse las notas).

ta, por una gran parte de los historiadores sociales.<sup>80</sup> En el número 2/3 (1982) de la revista *Debats* se publica una mesa redonda sobre “Movimientos sociales”, aprovechando el primer encuentro de historiadores sociales en Valencia, en 1981, con la participación de J. J. Castillo, J. Termes, P. Gabriel, J. Álvarez Junco, S. Castillo, S. Juliá, C. Forcadell, M. Pérez Ledesma, J. A. Piqueras, A. Bosch, J. Paniagua, M. Cerdá y S. Forner. Las conclusiones son parecidas a las del trabajo anterior, se añaden líneas renovadoras como la historia oral y la historia de las mujeres —aún hoy poco desarrolladas—, y se matiza bastante el llamamiento a la ruptura del artículo de Álvarez Junco y Pérez Ledesma en el sentido que venimos de anotar. Carlos Forcadell prefiere hablar de “segunda recepción” de la historiografía europea del movimiento obrero, considerando que —en comparación con Europa— la historia del movimiento obrero español era todavía débil: “incluso remitiéndonos al plano institucional, al estudio de los partidos, de los grupos dirigentes”. Santos Juliá a continuación insiste: “como ejemplo de que aquí no se ha hecho historia institucional, recordemos que no tenemos una historia del Partido Comunista como la que los italianos tienen [y seguimos sin tenerla]. Me da la impresión de que estamos apurando una historia que no hemos hecho”.<sup>81</sup>

<sup>80</sup> Las primeras críticas fueron tradicionales, en favor del empirismo, y contra el “sentimentalismo obrerista”, Juan Pablo Fusi, “Algunas preocupaciones recientes sobre la historia del movimiento obrero”, *Revista de Occidente*, núm. 123, 1973, pp. 358-368 (también *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, 1975); asimismo contra el moralismo, y el peso de los dirigentes y de los acontecimientos, Josep Fontana, *La historia*, Barcelona, 1973, pp. 33 ss; se hizo ver la desatención hacia el movimiento campesino y popular, Jaume Torras, *Liberalismo y rebeldía campesina*, Barcelona, 1976, pp. 9-11; Miquel Izard, “Orígenes del movimiento obrero en España”, *Estudios sobre historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, I, Madrid, 1981, pp. 294-297; se dijo que había que “bajar del grupúsculo a la clase social”, Josep Termes, prólogo a F. Bonamusa, *Andrés Nin y el movimiento comunista en España (1930-1937)*, Barcelona, 1977; se propuso desideologizar la historia del movimiento obrero y reemplazarla por una historia de las *industrial relations*, Ignacio Olabarri, *Relaciones laborales en Vizcaya (1890-1936)*, Durango, 1978; “Las relaciones de trabajo en la España contemporánea: historiografía y perspectivas de investigación”, *Anales de Historia Contemporánea*, núm. 5, Murcia, 1986; y, por último, se ofrecieron alternativas teóricas revisionistas al marxismo clásico: Santos Juliá, “Marx y la clase obrera de la revolución industrial”, *En Teoría*, núm. 8/9, 1981-1982, pp. 99-135; Ludolfo Paramio, “Por una interpretación revisionista de la historia del movimiento obrero europeo”, *idem*, pp. 137-183.

<sup>81</sup> *Debats*, núm. 2/3, p. 96.

Se hacen en esta reunión otras proposiciones interesantes: la edición de una revista,<sup>82</sup> la elaboración de modelos propios de investigación,<sup>83</sup> la necesidad de una sociología del historiador “analizando la clase social de la que procede, la ideología en que se ha formado, y, lo que sería más complicado, a quién ha servido esta historia”,<sup>84</sup> argumenta Álvarez Junco, el cual, más adelante, reconoce sincera y proféticamente que “nosotros, urbanos, clase media intelectual, que queremos el poder y estamos rivalizando con otros que lo tienen en este momento”.<sup>85</sup>

Santiago Castillo se queja en Valencia de que la mayoría de los que están allí “tienen que trabajar en una cosa que no tiene nada que ver con la investigación histórica, dedicando su tiempo libre a este tipo de estudios. Además dedicando parte de los pocos ingresos estables a fichas, folios, fotocopias...”<sup>86</sup> Bueno, haber investigado y renovado la historia en esas condiciones es todo un ejemplo para las nuevas generaciones, que desde luego lo tienen más difícil.<sup>87</sup> Así y todo, la mayoría de los participantes en la reunión de *Debats* eran, todavía, profesores adjuntos de universidad.<sup>88</sup> Añadimos “todavía” porque, en aquel momento, buena parte de los nuevos historiadores de la economía y la sociedad, en las áreas de conocimiento histórico más tradicionales, y de la misma generación, habían logrado ya la “consolidación funcional”,<sup>89</sup> algunos incluso la cátedra. La verdad es que ser contemporaneísta y marxista no facilitaba las cosas, de entrada, en la

<sup>82</sup> Que será, seis años después, *Historia Social*, como recuerda la presentación del primer número (1988).

<sup>83</sup> Se entienden aún menos las reticencias posteriores de *Historia Social* a publicar reflexiones teóricas o historiográficas de autores españoles (véase la nota)

<sup>84</sup> La verdad es que a los historiadores nos turba en exceso que sean conocidos públicamente nuestros condicionamientos sociales, ideológicos y políticos, claves esenciales para la interpretación de nuestro trabajo de investigación, *Debats*, núm. 2/3, p. 120; el mejor ejemplo internacional, en sentido contrario, *Essais d'ego-histoire*, París, 1987; Santos Juliá sigue insistiendo en lo interesante que sería una sociología del historiador en “La historia social y la historiografía española”, *Ayer*, núm. 10, 1993, p. 46.

<sup>85</sup> *Debats*, núm. 2/3, p. 132.

<sup>86</sup> *idem*, p. 100.

<sup>87</sup> Un muestra de sus opiniones es la comunicación de la Escuela Libre de Historiadores de Sevilla en el Congreso de Santiago: “La universidad más allá de la institución. La historia más allá de la universidad”, *Historia a debate*, III, 1995, pp. 257-264.

<sup>88</sup> *Debats*, núm. 2/3, pp. 134-135.

<sup>89</sup> Término empleado en el editorial del núm. 1 de *Historia Social* para referirse de nuevo a la situación que tenían en sus orígenes los promotores de la revista.

universidad española de los años setenta.<sup>90</sup> El viraje dado, en este aspecto, en la década siguiente, gracias a la renovación historiográfica y a la transición, al acceso al poder del PSOE y a la consolidación de la democracia, dentro y fuera de la universidad, fue tan espectacular que ahora estamos obligados a rectificar: llevando el péndulo a una posición más centrada<sup>91</sup> y ayudando en el relevo generacional.

La coyuntura política es, en efecto, vital para comprender el giro historiográfico y académico focalizado en el año 1982. No es casual que la primera gran victoria electoral por mayoría absoluta del PSOE, que tres años antes abandonara el marxismo,<sup>92</sup> tenga lugar este mismo año de 1982. No se trata tanto de una influencia directa, pues el cambio historiográfico que estamos analizando es anterior al cambio electoral favorable a la izquierda, como del hecho de que ambos acontecimientos, de características manifiestamente distintas, comparten una misma coyuntura intelectual y mental. La historia es hija de su tiempo, y sufre, como todas las ciencias humanas y sociales, los cambios “climatológicos”, especialmente en un terreno tan sensible como la historia del movimiento obrero y de los conflictos sociales, que fue, en un principio, “una forma de militancia antifranquista”.<sup>93</sup>

En 1982 se consolida, por lo tanto, el cambio de hegemonía en el campo político-social, y también cultural, de las izquierdas, del PCE al PSOE,<sup>94</sup> de las luchas sociales de los años setenta a las luchas electorales de los ochenta. Antes ya se había producido la frustración (pactos oposición antifranquista/reformistas

<sup>90</sup>La dedicación a la militancia política, y la represión de la dictadura, dificultó la carrera académica —y en el mejor de los casos la retrasó— de aquellos universitarios de los años sesenta y setenta más consecuentes con su compromiso político y moral: el paradigma singular, aún perteneciendo a la generación anterior, es, otra vez, Manuel Tuñón de Lara y su tardía incorporación a la universidad.

<sup>91</sup>No sólo reorientando la investigación, también reequilibrando, en la universidad y más aún en la enseñanza media, la atención concedida a las diversas edades cronológicas para contrarrestar los efectos negativos de la primacía del contemporaneísmo; es valioso el esfuerzo que se trasluce, en este sentido, en el libro: Manuel Pérez Ledesma, *Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D*, Madrid, 1990.

<sup>92</sup>José Antonio Piqueras, “El abuso del método, un asalto a la teoría”, *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991, p. 99.

<sup>93</sup>Miquel Izard, “Orígenes del movimiento obrero en España”, *loc. cit.*

<sup>94</sup>Es entonces cuando el término socialdemócrata recobra cierto prestigio (véase la nota ), para ser, pasando el tiempo, motivo de añoranza.

franquistas) de los impulsos revolucionarios nacidos en la universidad de los años sesenta y setenta, y la casi desaparición de una serie de partidos (PTE, ORT, MCE, LCR...) que tuvieron gran influencia entre los estudiantes universitarios y cultivaban un marxismo clásico con buenas dosis de esquematismo y dogmatismo, paradójicamente tanto estructuralista como voluntarista.<sup>95</sup> El fin de la transición conlleva la desaparición paulatina de la escena política de unos movimientos sociales —el movimiento obrero se institucionaliza, el movimiento estudiantil se eclipsa—, que cuando reaparecen, fugazmente, será para confrontarse justamente con la política laboral, económica y educativa de los gobiernos socialistas. Todas estas “frustraciones”, lo que se llamó “el desencanto”, la necesidad para algunos de “volver a empezar” profesionalmente, la “reconversión” ideológica de casi todos, acabó en los años ochenta con el compromiso político del intelectual (el canto del cisne fue, sin lugar a dudas, el *referendum* sobre la OTAN de 1986) y coadyuvó a desideologizar las líneas de investigación académica más cercanas al marxismo proponiendo estas “segundas rupturas”.<sup>96</sup> Paradójicamente la moderación política e ideológica no acabó con el “frente-populismo”, anacrónico en el contexto político y universitario posterior a la transición, pero continuamente alimentado por las luchas de bandos por el poder académico y electoral, tendencialmente bipartidistas (“rojos” y “azules”, y últimamente “nacionalistas” y “antinacionalistas”).



En el contexto del regreso en los años noventa del interés por la historia de los conflictos sociales, fue retomado con fuerza el giro historiográfico de 1982

<sup>95</sup> No mucho más que entre los militantes del hegemónico PCE, a pesar de su política “reformista” y “revisionista”, según las acusaciones típicas de los “izquierdistas” universitarios de los años sesenta.

<sup>96</sup> Con la claridad que les caracteriza, Álvarez Junco y Pérez Ledesma terminan su artículo así: “Ser infieles a nuestra juventud parece, en este caso al menos, una buena recomendación intelectual”, *Revista de Occidente*, núm. 12, p. 41.

en diversas ocasiones,<sup>97</sup> y reevaluado, por sus promotores —y por otros colegas más jóvenes— replanteando<sup>98</sup> u “olvidando”<sup>99</sup> argumentos, continuando y reconstruyendo el discurso renovador, y/o reaccionado contra él, tratando, en resumidas cuentas, de orientarse en esta década y media caracterizada historiográficamente por la honda crisis del paradigma común de la posguerra —donde hay que insertar nuestro debate sobre la historia del movimiento obrero—, por la fragmentación galopante de objetos y enfoques, por el crecimiento desordenado de nuestra disciplina, por el retorno de los géneros tradicionales, por la emergencia de candidatos a nuevos paradigmas...

<sup>97</sup> Manuel Pérez Ledesma, “Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología”, *Studia Histórica*, vol. VI-VII, 1990; Guillermo A. Pérez Sánchez, “Una manera de hacer historia social o la confirmación de un nuevo enfoque”, *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991; José Antonio Piqueras, “El abuso del método, un asalto a la teoría”, *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991; Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, 1991; Angeles Barrio, “A propósito de la historia social del movimiento obrero y los sindicatos”, *Doce estudios de historiografía contemporánea*, Santander, 1991; Carlos Forcadell, “Sobre desiertos y secanos. Los movimientos sociales en la historiografía española”, *Historia Contemporánea*, núm. 7, 1992; Santos Juliá, “La historia social y la historiografía española”, *Ayer*, núm. 10, 1993; Manuel Pérez Ledesma, “Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero”, *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, 1993; “Cuando lleguen los días de la cólera’ (Movimientos sociales, teoría e historia)”, *Zona Abierta*, núm. 69, 1994 (también en *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993); Pere Gabriel, Josep Ll. Martín, “Clase obrera, sectores populares y clases medias”, *La sociedad urbana en el España contemporánea*, Barcelona, 1994; José Álvarez Junco, “Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad posfranquista”, *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, 1994; “Aportaciones recientes de las ciencias sociales al estudio de los movimientos sociales”, *Historia a debate*, III, Santiago, 1995; Pere Gabriel, “A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España”, *Historia Social*, núm. 22, 1995, pp. 43-53; Carlos Gil Andrés, “Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración”, *Historia Social*, núm. 23, 1995, p. 123.

<sup>98</sup> Se reformula la propuesta de 1982 sobre la historia del movimiento obrero, ampliando sugerentemente su temática, aprendiendo de medievalistas y modernistas, pero se sigue dejando fuera de la investigación las huelgas y los conflictos, vistiendo un santo para desvestir otro: primer círculo, organizaciones obreras y dirigentes; segundo círculo, afiliados y sus condiciones de vida y trabajo; tercer círculo, vida cotidiana y mentalidades de los obreros “conscientes”; y cuarto círculo, mentalidades y condiciones de vida y trabajo de los trabajadores en general, Manuel Pérez Ledesma, “Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología”, *Studia Histórica*, vol. VI-VII, 1990, pp. 12-13.

<sup>99</sup> No comparto la idea de Santos Juliá (*Ayer*, núm. 10, pp. 39-40) y otros, de que los historiadores sociales de los años sesenta y setenta no eran, en el método y la teoría, marxistas: los más importantes si lo fueron, y entre ellos están por supuesto los protagonistas del auge de la historia de conflictos sociales, que estamos citando en este trabajo.

El balance del movimiento renovador de los años ochenta es considerado negativamente por la mayoría de los autores que han vuelto sobre ello, entre 1990 y 1995. Ángeles Barrio habla de escasa fecundidad; Carlos Gil, citando a la anterior, entre otros, de que “los frutos de la ruptura no parecen haber alcanzado la altura de las expectativas creadas”;<sup>100</sup> Pere Gabriel reconoce que “pasada ya más de una decena de años, no puede decirse que ese empujón del péndulo hacia el otro lado haya producido resultados mejores”,<sup>101</sup> que “no hemos hecho gran cosa”, y condena el “cliché reduccionista” con que se enjuició la historia social 1959-1982;<sup>102</sup> Carlos Forcadell, que ya había hecho notar sus matices críticos en Valencia, insiste: “está muy extendida la sensación de que los frutos de los manifiestos metodológicos del 82, aun existiendo, van por detrás de las exigencias que planteaban”;<sup>103</sup> José Antonio Piqueras se interroga sobre cómo se hace la historia social en España y arremete en su respuesta contra “la entronización del empirismo y la ‘desteorización’ de la práctica histórica”;<sup>104</sup> José Álvarez Junco, en el I Congreso Internacional Historia a Debate, es el más claro y autocrítico, acepta el (relativo) fracaso del movimiento renovador<sup>105</sup> y pone el dedo en la llaga: “la rutina o la carencia de modelo alternativo con similar capacidad de explicación global hace del tratamiento historiográfico de los movimientos sociales en España siga proclamando su fidelidad a ese modelo [el paradigma heredado]”.<sup>106</sup>

Hay mucho de verdad en esta crítica-autocrítica de uno de los firmantes del artículo de *Revista de Occidente*, los viejos paradigmas —y la nueva historia que llegó a España en los años sesenta y setenta es ahora ya, la vida no perdona, un viejo paradigma— siguen vigentes mientras la comunidad de historiadores no los sustituye plenamente mediante el consenso. Pero se sigue, en nuestra opi-

<sup>100</sup> Carlos Gil, *op. cit.*, p. 122.

<sup>101</sup> Pere Gabriel, Josep Ll. Martín, “Clase obrera, sectores populares y clases medias”, *La sociedad urbana en el España contemporánea*, Barcelona, 199, pp. 134-135.

<sup>102</sup> Pere Gabriel, “A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España”, *Historia Social*, núm. 22, 1995, p. 45.

<sup>103</sup> Carlos Forcadell, *op. cit.*, p. 111.

<sup>104</sup> José Antonio Piqueras, *op. cit.*, p. 88.

<sup>105</sup> Nos quejamos constantemente de la falta de “escuelas” en la historiografía española y minusvaloramos fenómenos originales y autóctonos como Vicens Vives, Tuñón de Lara y el grupo de jóvenes historiadores sociales del 82 (con notables diferencias internas, pero no menos concomitancias y acciones conjuntas).

<sup>106</sup> José Álvarez Junco, *op. cit.*, p. 101.

nión, planteando mal el problema. Si los historiadores sociales no aceptaron, hasta hoy, reemplazar netamente la historia del movimiento obrero por la historia de los movimientos sociales, si no se supo elaborar un paradigma alternativo global, es, en nuestra opinión y resumiendo, porque se cometieron algunos “errores”: a) favorecer, voluntaria y/o involuntariamente, el abandono de una historia de la historia del movimiento obrero,<sup>107</sup> imprescindible para una historia de los movimientos sociales que se precie, que, al ser negado en la práctica el primer impulso renovador de Tuñón de Lara y los Coloquios de Pau, tiende a volver por sus fueros verdaderamente tradicionales; b) dejar fuera de la crítica la distorsión estructuralista, objetivista y cientifista, del paradigma común de los historiadores del siglo XX, neutralizando así los esfuerzos propugnados para vencer al economicismo, para innovar temática y metodológicamente, para conservar el interés por los actores sociales; c) desconectar el debate sobre historia del movimiento obrero y de los movimientos sociales del debate historiográfico general —en cambio que se atiende mejor el debate de la sociología—, más allá de los historiadores contemporaneístas, toda vez que no pocos de los problemas suscitados sólo pueden tener solución si se sale del estrecho marco de los historiadores sociales de los siglos XIX y XX; d) olvidar la historia global, error compartido con casi toda la historiografía occidental de las últimas décadas, y de alguna forma justificado por el estrepitoso fracaso de la historia “total”, concretamente de la lectura estructuralista y determinista que se hizo de este concepto historiográfico fundamental; e) haber considerado críticamente el contexto político que ha informado la “primera ruptura” (una historia repensada por la generación del 68 “de forma apresurada, semi-clandestina y con una utilidad en gran medida política”<sup>108</sup>), y no haber hecho lo mismo con las condiciones políti-

<sup>107</sup> El actual florecimiento de la historia del movimiento obrero desmiente la idea de que se trataba de una temática agotada, a principios de los años ochenta, de que estaba la “misión cumplida” como ha recordado Manuel Pérez Ledesma recientemente, “Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero”, p. 211.

<sup>108</sup> *Revista de Occidente*, núm. 2/3, p. 41; se denuncia, por lo demás, en tono francamente “frentepopulista”, el “contenido más político” de la “ofensiva” de Olabarri y Vázquez de Prada en favor de “substituir el concepto de ‘movimiento obrero’ por la forma más neutra de ‘relaciones laborales’” (*idem*, p. 21) que, a fin de cuentas, tampoco estaba tan distante de la propuesta, también a la ofensiva —¡cómo debe ser!— de nuestros autores, asimismo con pretensiones de neutralidad: “¿No habría que pensar una segunda ruptura, orientada ahora fundamentalmente por preocupaciones científicas?” (*idem*, p. 41).

cas, ideológicas y de mentalidad que coadyuvaron y alimentaron el giro del 82,<sup>109</sup> y su posterior incidencia en la historia social de los años ochenta, sin lo cual no se comprende su relativo fracaso.<sup>110</sup> En fin, entrecomillábamos antes la palabra “errores” porque, hacia 1982, año de grandes ilusiones renovadoras, esto es, después del golpe del 23-F (1981) y de la toma de Valencia por parte de Miláns del Bosch, no era fácil preveer el apogeo de la posmodernidad historiográfica<sup>111</sup> o la vuelta de la historia tradicional, la caída del muro de Berlín o la negativa evolución política nacional;<sup>112</sup> y porque, en todo caso, es así, aprendiendo del pasado, como podemos elaborar propuestas más atinadas para el futuro (inmediato).



#### EL RETORNO DE LOS AÑOS NOVENTA

Aunque en los años ochenta el interés de la historia en general, y de la historia social en particular, por los conflictos, las revueltas y los movimientos sociales, disminuyó notablemente, ello no quiere decir que no se continuasen publicando obras de investigación, algunas muy interesantes, en historia medieval,<sup>113</sup> moderna<sup>114</sup> y historia contemporánea,<sup>115</sup> como estela del empuje anterior y/o por la

<sup>109</sup> No es el caso de Piqueras, véase la nota.

<sup>110</sup> El mejor antídoto frente a las mayoritarias evaluaciones autocríticas, son los balances favorables, que reflejan igualmente la realidad: Manuel Pérez Ledesma, “Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero”, p. 214; Santos Juliá, “La historia social y la historiografía española”, p. 40; Guillermo A. Pérez Sánchez, “Una manera de hacer historia social o la confirmación de un nuevo enfoque”, pp. 429-431.

<sup>111</sup> Uno de cuyos exponentes más lúcidos —la propuesta tiene sus cosas buenas y malas— es Santos Juliá, “¿La historia en crisis?”, *Historia a debate*, I, Santiago, 1995, pp. 143-145.

<sup>112</sup> Otan, Filesa, Gal, Roldán, Rubio ...

<sup>113</sup> José María Monsalvo Antón, *Teoría y evolución de un conflicto social. El antisemitismo en la Corona de Castilla en la Baja Edad Media*, Madrid, 1985; Javier Ortiz Real, *Cantabria en el siglo XV. Aproximación al estudio de los conflictos sociales*, Santander, 1985.

<sup>114</sup> Eulalia Duran, *Les germanies als països catalans*, Barcelona, 1982; Martín Almagro, *Las alteraciones de Teruel, Albarracín y sus comunidades en defensa de sus fueros durante el siglo XVI*, Teruel, 1984; J. Vidal Pla, *Guerra del segadors i crisi social. Els exiliats Filipistes (1640-1652)*, Barcelona, 1984; P. Álvarez Frutos, *La revolución comunera en tierras de Segovia*, Segovia, 1988.

<sup>115</sup> Véase la nota.

decisión de algunos historiadores que, más allá de la “moda”<sup>116</sup>, siguieron —seguimos— considerando de sumo interés historiográfico el estudio de la parte más dinámica de la histórica. Predominan los artículos<sup>117</sup> sobre los libros —frutos acostumbrados de tesis de licenciatura y doctorado que escasean sobre estos temas en los años ochenta— y, en general, los trabajos de historia local, en consonancia con la creciente marginación del ámbito español,<sup>118</sup> y de la historia de España,<sup>119</sup> en las investigaciones académicas.

El punto de inflexión tendrá lugar entre finales de los años ochenta y principios de los noventa, y los primeros artífices —y a la vez síntomas— de este nuevo auge de la historia de los conflictos sociales —y del movimiento obrero— serán, principalmente, una serie de congresos, jornadas y seminarios, que tienden a adoptar un carácter interhistórico al participar historiadores de diferentes áreas de conocimiento histórico. Los congresos son ciertamente las actividades académicas que, por su inmediatez y carácter colectivo, mejor reflejan las coyunturas historiográficas.

Los tomos VII y VIII del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Toledo, 1988) están dedicados a *Conflictos sociales y evolución económica en*

<sup>116</sup> El debate ejemplar que tuvieron los historiadores del movimiento obrero, hacia 1982, no se correspondió con otros parecidos entre medievalistas o entre modernistas, y menos aún tuvieron lugar debates conjuntos, no obstante la evolución de la temática fue bastante parecida, lo cual nos conduce a dos conclusiones: la importancia de los factores condicionantes externos, y la urgencia en reforzar la sociabilidad horizontal, la convergencia entre especialidades históricas y la intervención colectiva de la comunidad de historiadores en su propio destino, incluso a a contracorriente de la evolución política.

<sup>117</sup> Por ejemplo, en historia medieval: J. Pérez-Embú, “Violencias y luchas campesinas en el marco de los dominios cisterciense castellanos y leoneses de la Edad Media”, *El pasado histórico de Castilla y León*, I, Burgos, 1984, pp. 161-178; Reyna Pastor, “Consenso y violencia en el campesinado medieval”, *En la España medieval. Estudios en memoria del profesor D. Claudio Sánchez Albornoz*, II, Madrid, 1986, pp. 731-742; María del Pilar Gil García, “Conflictos sociales y oposición étnica: la comunidad mudéjar de Crevillente. 1420”, *III Simposio Internacional de Mudéjarismo*, Teruel, 1986, pp. 305-312; J. Portella, A. Sanz, “Reacción señorial i resistencia pagesa al domini de la catedral de Girona (segle XVIII)”, *Recerques*, núm. 7, 1986, pp. 141-151; artículos de José María Mínguez, Josep María Salrach, Eva Serra y Tomas de Montagut en el *dossier* sobre revueltas campesinas de *L’Avenç*, núm. 93, 1986; Mercé Avenir, Josep M. Salrach, “Le rôle de la monarchie dans les révoltes paysannes de la péninsule ibérique (XIV-XVe siècles)”, *Révolte et Société*, I, Paris, 1988, pp. 62-71.

<sup>118</sup> Juan Pro Ruiz, “Sobre el ámbito territorial de los estudios de historia”, *Historia a debate*, III, Santiago, 1995, pp. 59-66.

<sup>119</sup> Carlos Barros, “Inacabada transición de la historiografía española”, *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne*, núm. 24, Bordeaux, 1996, pp. 481-486.

la *Edad Moderna*, aunque el contenido no se corresponde bien con el título, problema que tendrán otros organizadores de congresos ante la falta de hábito de los historiadores de tratar, durante los ochenta, dicha temática conflictiva.

En 1989 se realiza, en el marco de los cursos de verano de El Escorial, el seminario *Revoluciones y alzamientos en la España de Felipe II* (Valladolid, 1992), donde, de nuevo, no todas las contribuciones responden al título, lo que ya no sucederá con las reuniones de historiadores que vienen a continuación, sobre todo con las comunicaciones libres a los congresos. Conmemorando el bicentenario de la revolución francesa, se inauguran, este mismo año de 1989, la serie de Jornadas de Estudios Históricos, organizadas anualmente por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea de Salamanca, con un ciclo de conferencias sobre *Revueeltas y revoluciones en la historia* (Salamanca, 1990). Con todo, el primer gran congreso en que se manifiesta abiertamente la vuelta de los conflictos es el organizado por al Institución “Fernando el Católico” en Zaragoza, asimismo en 1989, sobre *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica* (Zaragoza, 1993).

En 1990, son cuatro las reuniones académicas sobre revueltas y conflictividad social: un curso de verano de la Universidad Complutense en El Escorial sobre *Resistencias hispánicas al imperio: comuneros, agermanados y erasmistas*; un seminario de la UIMP en Cuenca sobre *Asociacionismo y conflicto agrario en España (ss. XVIII-XIX-XX)*; y el I Congreso de la Asociación de Historia Social, también en Zaragoza, sobre *La historia social en España: actualidad y perspectivas* (Madrid, 1991), con contribuciones mayormente de historiadores contemporaneístas.<sup>120</sup> Habría que añadir, este mismo año, dentro de los “Grandes Temas” del 17 Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Madrid, las comunicaciones de Gonzalo Bueno, Julián Casanova y Julio Aróstegui sobre *Revoluciones y reformas: su influencia sobre la historia de la sociedad*.

En 1993, Ignacio Olábarrí y Valentín Vázquez de Prada organizan, en Pamplona, las V Conversaciones Internacionales de Historia, *Para comprender el cambio social. Enfoques teóricos y perspectivas historiográficas* (Pamplona, 1997), con la intención explícita, dicen en el prólogo, de “resucitar una de las grandes preguntas de la historiografía de mediados de siglo —la explicación del

<sup>120</sup> Ramón del Río, Joseba de la Torre, Pedro Carasa, María José Lacalzada y Miquel Izard.

cambio social—, sabiendo que no disponemos de ‘ismo’ alguno que ofrezca una respuesta a la cuestión”, a fin de poder hacer frente al posmodernismo extremo volviendo “a las metodologías ‘socio-científicas’ de probada fecundidad en nuestro siglo”.

En 1995 se llevaron a cabo dos congresos y un seminario importantes: el VII Congreso de Historia Agraria en Baeza, organizado por el Seminario de Historia Agraria, sobre la conflictividad rural en la Edad Media, Moderna y Contemporánea (publicado en *Noticiero de Historia Agraria*, números 12 y 13, 1996 y 1997); el II Congreso de la Asociación de Historia Social, en Córdoba, sobre *El trabajo a través de la historia* (Madrid, 1996), con una parte importante de las comunicaciones dedicada a la historia del movimiento obrero y la conflictividad social;<sup>121</sup> y el seminario de la UIMP de Valencia sobre *Conflictividad y represión en la sociedad moderna*, publicado en el número 22 (1996) de la revista *Estudis. Revista de historia moderna*, fruto de un proyecto de investigación (1992-1995) sobre *La dimensión conflictiva de la sociedad valenciana moderna*.

Por último, en 1997, en Vitoria, el III Congreso de nuestra Asociación de Historia Social, sobre *Estado, protesta y movimientos sociales*, que nos obligó a reflexionar sobre los precedentes, la situación actual y las perspectivas de nuestro campo de investigación que, para bastantes colegas, pertenecía a una historiografía, la de los años sesenta y setenta, que jamás volverá, lo cual en rigor es cierto, y además ni siquiera es deseable, cuestión aparte es que sus objetos de investigación siguen ahí, son incluso imprescindibles para que la historia deje atrás la presente crisis paradigmática y entre con fuerza en el nuevo milenio.

En cuanto a revistas, la palma se la lleva, naturalmente, *Historia Social* de Valencia que, así y todo, ha dedicado cinco *dossiers* a la historia del movimiento obrero, los conflictos y las revueltas sociales: número 1, 1988, “Anarquismo y sindicalismo”; número 5, 1989, “Huelgas”; número 15, 1993, “Estado y acción colectiva”; número 17, 1994, “Conflictividad obrera y conducta social”; números 20 y 22, 1994 y 1995, “Debates de historia social de España” (con artículos sobre conflictos y revueltas, revolución y “lucha de clases” de R.

<sup>121</sup> Ángel Rodríguez, David Ruiz, Juanjo Romero, Frances-A. Martínez, Carlos Sola, Mercedes Gutiérrez, Carlos Gil, Antonio Barragán, Ángel Smith, Carlos Hermida, Roque Moreno, José Gómez, Carme Molinero, Pere Ysás y Ramón García.

García Cárcel, M. Chust, J. Casanova y P. Gabriel).<sup>122</sup> Resulta paradójico que los dos historiadores sociales, Santos Juliá y Carlos Forcadell, que, en el encuentro valenciano de 1981, fueron más reticentes a la “segunda ruptura”, defendiendo “que estamos apurando una historia que no hemos hecho”, esto es, del movimiento obrero, los partidos obreros, sus grupos dirigentes,<sup>123</sup> infravaloren ahora como “historia social clásica”, sin entrar para nada a analizar si sus enfoques son tradicionales o renovados, los notables *dossiers de Historia Social* sobre movimientos, conflictos y revueltas sociales.<sup>124</sup> Para nosotros, porfiamos, no son los objetos —los necesitamos todos— quienes definen la validez de una investigación histórica, sino sus métodos y sus resultados.<sup>125</sup> Internacionalmente está ya agotada la vía de renovar la historia cambiando o ampliando solamente la temática, descubriendo nuevos objetos, ahora toca innovar de la manera más difícil y también más decisiva: mediante el método, la historiografía y la teoría. Nos vamos a encontrar con temas viejos tratados de manera nueva o con temas nuevos tratados de forma vieja: qué cada barco se agarre a su vela.

Otras revistas se han preocupado por descontado, últimamente, por el sujeto social y su historia. Los números 3 y 4, ambos del año 1990, de *Historia Contemporánea* (revista dirigida por Tuñón de Lara), que tratan monográfica y respectivamente de *Movilización obrera entre dos siglos, 1890-1910* y *Cambios sociales y modernización*. El número 4 de *Ayer*, de 1991, dedicado a *La huelga general* por considerarlo “un tema de actualidad. Su proclamación en la Federación Rusa, en agosto de 1991; en Italia, Gaza-Cisjordania y Asturias en octubre o en la República de Sudáfrica en noviembre, son ejemplos contemporáneos”. Los números 56 (1991) y 69 (1994) de *Zona Abierta*, consagrados, respectivamente, a *Fluctuaciones económicas y ciclos de conflicto* y a *Movimientos sociales, acción e identidad*; la introducción al número 69, subtitulada “algunas viejas razones”, se enfrenta a los que “se unen para certificar la muerte de los movimientos sociales” y se posiciona por un “concepto de ‘movimiento social’ sin adjetivos” de “nuevo” o “viejo” que hay que redefinir. Están, además,

<sup>122</sup> Además se pueden encontrar artículos sueltos sobre conflictos sociales en los números 2, 3, 8, 13, 14 y 16.

<sup>123</sup> *Debats*, núm. 2/3, p. 96.

<sup>124</sup> Carlos Forcadell, “Sobre desiertos y secanos. Los movimientos sociales en la historiografía española”, *Historia Contemporánea*, núm. 7, 1992, p. 113; Santos Juliá, “La historia social y la historiografía española”, *Ayer*, núm. 10, 1993, p. 44.

<sup>125</sup> Tesis 8 de “La historia que viene”, *Historia a debate*, I, 1995.

los números 12 (1996) y 13 (1997) de *Noticiero de Historia Agraria*, y el número 22 (1996) de *Estudis*, donde se han publicado las actas de congresos y seminarios de los que ya hemos hablado.

En cuanto a libros tenemos algunas novedades “fin de siglo” que avalan el nuevo impulso que está recibiendo la historia de conflictos y revueltas,<sup>126</sup> de manos sobre todo de la nueva generación,<sup>127</sup> si bien pensamos que —si nuestros datos y hipótesis son atinados— habrá en el futuro avances mayores porque los “despoblados” son numerosos y extensos, pensemos sino en las grandes revueltas, ¿no es acaso cierto que están por hacer investigaciones monográficas que apliquen las nuevas metodologías al estudio de revueltas tan importantes como los remensas, las germanías, las comunidades, o las insurrecciones campesinas, obreras y populares contemporáneas...? Tal ha sido mi experiencia personal: he

<sup>126</sup> Merece especial mención la obra de Manuel Pérez Ledesma, *Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D*, Madrid, 1990, que incorpora la triple novedad de su carácter interhistórico —para nada habitual entre los contemporaneístas, como sabemos—, de su ámbito español y de su intención sintética; anotar igualmente las siguientes: *Revolts populars contra el poder de l'Estat*, Barcelona, 1992; Emilio Cabrera, Andrés Moros, *Fuenteovejuna. La violencia antiseñorial en el siglo XV*, Barcelona, 1991; Salvador Martínez, *La rebelión de los burgos*, Madrid, 1992; Juan Díaz Pintado, *Conflicto social, marginación y mentalidades en La Mancha (s. XVIII)*, Ciudad Real, 1987; Jerónimo López-Salazar, *Mesta, pastos y conflictos en el Campo de Calatrava (s. XVI)*, Madrid, 1987; *Rebelión y resistencia en el mundo hispánico del siglo XVII*, Lovaina, 1992; M. Ortega López, *Conflicto y continuidad en la sociedad rural española del siglo XVIII*, Madrid, 1993; J. Olivares, *Comunitats rurals i Reial Audiència 1600-1658. Aportació a una teoria de la conflictivitat social en el feudalisme a l'Edat Moderna*, Barcelona, 1995; Emilio Majuelo, *Lucha de clases en Navarra: 1931-1936*, Pamplona, 1989; Joseba de la Torre, *Lucha antifeudal y conflictos de clases en Navarra: 1808-1820*, Bilbao, 1992; Joan Serrallonga, *La lucha de clases: orígenes del movimiento obrero*, Madrid, 1993; Pedro Rújula, *Rebeldía campesina y primer carlismo. Los orígenes de la Guerra Civil en Aragón, 1833-1835*, Zaragoza, 1995; Carlos Velasco, *Axitacions campesinas na Galicia do século XIX*, Santiago, 1995; Carlos Gil Andrés, *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905*, Logroño, 1995; Guillermo Pérez Sánchez, *Ser trabajador: vida y respuesta obrera (Valladolid 1875-1931)*, Valladolid, 1996; Angeles González, *Utopía y realidad. Anarquismo, anarcosindicalismo y organizaciones obreras, 1900-1923*, Sevilla, 1996; Pilar Rovira, *Mobilització social, canvi polític i revolució. Associacionisme, Segonda República i Guerra Civil*, Alzira, 1996; Pedro Barruso, *El movimiento obrero en Gipuzkoa durante la II República*, San Sebastián, 1996; Santiago de Pablo, *Trabajo, diversión y vida cotidiana. El País Vasco en los años treinta*, Vitoria, 1996; José Vicente Iriarte, *Movimiento obrero en Navarra (1967-1977)*, Pamplona, 1996; véanse además las notas.

<sup>127</sup> Aunque las generaciones aparecen modélicamente intercaladas y entrelazadas en este movimiento pro-retorno historiográfico de los conflictos sociales, observamos el predominio de los jóvenes —que tienen, también hay que decirlo, mayores necesidades curriculares— en la investigación, si bien en la reflexión, por ahora, se nota menos.

intentado reenfocar, en diversas obras,<sup>128</sup> entrelazando los tiempos, desde el ángulo de la historia de las mentalidades, la historia oral y la historia de la criminalidad, la revuelta irmandiña (1467-1469), sus precedentes, su estallido y su impacto en la memoria colectiva (1467-1674).

Cuando, a mediados de los años ochenta, decidí elegir como el centro de mi proyecto de investigación una revuelta social,<sup>129</sup> dando rienda suelta a mis “inquietudes innovadoras” sin renunciar a un tema “clásico”, pero decisivo para una comprensión explicativa y global de la historia, tenía dos temores (que no me disuadieron de seguir adelante, obviamente<sup>130</sup>), quedarme sólo en tierra de nadie al ubicarme en el cruce de varias especialidades, y ser “el último de Filipinas” en hacer un tesis doctoral sobre una revuelta medieval, pero también una esperanza y una apuesta: contribuir al resurgir historiográfico, e histórico, del sujeto social. Prueba de que no me invento la incomodidad pasada es lo que Fernández de Pinedo escribe —en 1992—, en el prólogo a la tesis del Joseba de la Torre —leída en 1989 y dirigida por Fontana—, sobre la lucha antifeudal en Navarra: “da la impresión que escribir sobre luchas o conflictos sociales no resulta de buen gusto”.<sup>131</sup> En fin, que vale decir aquí lo de que “los últimos serán los primeros”, es por eso que, cuando me disponía a redactar esta ponencia, al ordenar mis fichas y hacer mis últimas lecturas, acordé cambiar el título de mi contribución a este congreso de la reivindicación (“Conflictos, revueltas, revoluciones. Por una historia con sujeto”) a la constatación (“El retorno del sujeto social...”).

<sup>128</sup> *Mentalidad justiciera de los irmandiños, siglo XV*, Madrid, 1990 (Vigo, 1988); *Mentalidad y revuelta en la Galicia irmandiña: favorables y contrarios*, Santiago de Compostela, 1989; *¡Viva El-Rei! Ensaïos medievals*, Vigo, 1996, pp. 137-269.

<sup>129</sup> Los vasos comunicantes interhistóricos funcionaban hace diez años tal vez menos que hoy, desconocía —y no me preocupaban— los debates del 82 de los historiadores del movimiento obrero, pero era plenamente consciente de que nadaba a contracorriente tanto en la elección del tema (revuelta social) como en la elección de la metodología (historia de las mentalidades).

<sup>130</sup> Tan convencido —que no arrepentido— estaba de ello que no propuse, contra mis intereses personales, este tema de los conflictos como una cuestión a discutir en el I Congreso Historia a Debate de 1993, me equivoqué y espero que, en 1999, el II Congreso Historia a Debate rectifique este “error” y contribuya a consolidar recuperación del sujeto social de la historia, dentro y, con más razón, fuera de España.

<sup>131</sup> Joseba de la Torre, *op. cit.*, p. 9.

¿Por qué está renaciendo de sus cenizas, en España, la historia de los conflictos y revueltas sociales?<sup>132</sup> Se nos ocurren varias razones de tipo historiográfico: a) el buen momento de la historiografía española de los noventa<sup>133</sup> tanto en productividad y crecimiento, pese a los problemas de inserción laboral de los jóvenes historiadores, como en espíritu renovador<sup>134</sup> y esfuerzo reflexivo;<sup>135</sup> b) vivimos un época historiográfica de balance y búsqueda de alternativas, hacia atrás y hacia adelante, donde todo se renueva y retorna, de manera que tenemos “de todo” encima de la mesa, también los conflictos, las revueltas y las revoluciones, que fueron —y son— acontecimientos históricos y dan pie a formas de escribir la historia muy importantes, junto con la biografía, la historia política y la narración, protagonistas hasta ahora de los retornos historiográficos; c) el relativo fracaso del inacabado giro del 82, que se difundió casi como una historia social sin sujeto, sin conflictos;<sup>136</sup> d) la influencia de la nueva sociología de la acción colectiva, de la acción racional, de los actores sociales, que redescubre el sujeto, bastante después de la historia, y nos lo devuelve por la ventana una década después de haberlo querido echar por la puerta...

Luego están los contextos, nacional e internacional, de los que no podemos prescindir, para entender la recuperación de la vieja tradición historiográfica española de conflictos, revueltas y revoluciones, a las puertas del siglo XXI.

En el plano nacional el factor más poderoso, en nuestra opinión, es la consolidación de la democracia bajo los gobiernos socialistas y, en consecuencia, la normalización<sup>137</sup> del conflicto y la huelga, incluida la huelga general, que pierden así el significado “subversivo” que tenían antes, con Franco, y aún durante la transición, lo cual facilita el regreso al mundo académico, y que se reava-

<sup>132</sup> Otro síntoma evidente es el hecho que ya apuntamos de que, diez años después, se haya relanzado la reflexión historiográfica sobre el movimiento obrero y la protesta social, véase la nota.

<sup>133</sup> Presentación de *Historia a debate*, I, Santiago, 1995, pp. 9-10.

<sup>134</sup> “Historia de las mentalidades: posibilidades actuales”, *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, p. 65.

<sup>135</sup> “Inacabada transición de la historiografía española”, *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 24, Bordeaux, 1996, p. 479.

<sup>136</sup> De hecho los primeros en animarse —y animar a otros— con el retorno de los conflictos y de la historia social son los promotores del giro, aunque no todos; es altamente significativo que las dos expresiones organizativas que tienen su origen remoto en el grupo del 82, la asociación Historia Social y la revista *Historia Social*, son paralelas al fenómeno de recuperación historiográfica del sujeto social.

<sup>137</sup> “Los españoles comprensivos con los conflictos laborales”, titula *El País* (9 de abril de 1990) la información sobre los resultados de un sondeo de opinión sobre las huelgas y otras cuestiones.

loricen los hechos sociales como temas de estudio por parte de las organizaciones sindicales de clase y las instituciones locales, que en ese intervalo de tiempo, han constituido fundaciones, centros de estudio e investigación, para recuperar su memoria histórica y legitimar sus respectivas identidades.

En el plano internacional hay que reconocer la espectacularidad de la acción colectiva en la historia en la última década del siglo xx. Consideraremos cuatro momentos: 1) 1989-1991, revoluciones democráticas en el Este de Europa con un protagonismo decisivo de la multitud, empezando por los trabajadores industriales (Polonia), que utiliza todos los medios clásicos para derrocar el llamado socialismo real: manifestaciones, huelgas generales, insurrecciones armadas (Rumania); 2) 1994, revuelta campesina de Chiapas, en el mismo momento de la entrada de México en el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, que suscita una gran ola de simpatía dentro —y fuera— de México, provocando la vuelta al compromiso político no-partidario de una parte notable de académicos e historiadores<sup>138</sup> (al igual que pasara antes en el Este de Europa); 3) 1995-1997, movimientos sociales (grandes huelgas y manifestaciones) en Francia de un envergadura desconocida, desde los años sesenta y setenta, primero contra la política neoliberal de Chirac y Jupe, y después, más a la ofensiva, en favor de los inmigrantes —y contra la *montée* de Le Pen— que arrasaron al compromiso político-social a un sector influyente de los intelectuales, dirigidos por los cineastas, escritores y artistas,<sup>139</sup> y que determinó la sorprendente victoria de la izquierda el 1 de junio de 1997, y que se empieza a hablar de



<sup>138</sup> Un símbolo de la nueva actualidad de las revueltas son las inmediatas reediciones (una de ellas por cuenta del ejército) de la tesis doctoral del profesor de la UNAM, Antonio García de León, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de historia*, México, 1985.

<sup>139</sup> El papel subalterno de los científicos sociales, concretamente de los historiadores, en las luchas sociales, a pesar del testimonio personal de Pierre Bourdieu, Alain Touraine y Jacques Derrida, evidencia una dimensión primordial de la crisis de las ciencias sociales en Francia, país que inventó y reinventó al intelectual comprometido (Zola, Sartre): la desconexión con la sociedad.

Europa social en las reuniones de la UE; 4) marzo de 1997, insurrección popular en Albania, que añade a su “clasicismo”, radicalidad y espontaneidad,<sup>140</sup> al igual que el caso francés, y salvando las distancias, el haber conseguido sus objetivos más políticos,<sup>141</sup> derrocar a Berisha y colocar en el poder —eso sí, por medio de los votos— a la oposición de izquierdas dirigida por los excomunistas, con lo que se ratifica cierto cambio de signo político de las intervenciones “de masas” —callejeras y electorales— en el Este de Europa.

El nuevo e inesperado papel de las revueltas sociales en la vida democrática,<sup>142</sup> tal como se está manifestando en países tan distintos de Europa, como Francia y Albania, después del “fin de la historia” y del “pensamiento único” y, en general, el “regreso de la cuestión social”,<sup>143</sup> plantea a la historia como disciplina, y al conjunto de las ciencias sociales, el desafío de tratar de comprender —históricamente— el mundo que viene. Para salir airoso es menester retomar y reformular la función científica y la sensibilidad social de la historia: volviendo a analizar el pasado para construir un futuro mejor; situando, antes que nada, en su contexto histórico, el incuestionable regreso de los conflictos, las revueltas y las revoluciones en el umbral del siglo XXI; asumiendo, en resumen, el cambio en el concepto del tiempo histórico que se deriva de estos acelerados acontecimientos de fin de siglo, cuando lo que parecía el pasado resulta que es el futuro. Así pasa con los conflictos y las revueltas, desde el punto de vista de la escritura de la historia, vuelve el interés por estos temas al tiempo que adquieren una renovada actualidad. Si bien el caso de España es particular, salvo la huelga

<sup>140</sup> Alain Woods, “El significado de una revolución”, *Viento Sur*, núm. 32, 1997, pp. 41-50; el autor, presa fácil aún de esquemas preconcebidos, no le presta la atención debida al desencadenante del estallido, la quiebra de los bancos piramidales, en especial desde el punto de vista de las mentalidades colectivas de quienes —todo un pueblo, habría que decir— se han sentido agraviados, económica y moralmente, al perder sus ahorros y al frustrarse, por si fuera poco, la posibilidad imaginaria de hacerse rápidamente ricos.

<sup>141</sup> Cosa que todavía no consiguió la revuelta indígena y campesina mexicana, aunque hay avances serios hacia una transición política: ¿es qué alguien piensa que la victoria del Cuauhtémoc Cárdenas el 6 de julio en el Distrito Federal, después de fracasar dos veces en las elecciones presidenciales —una de ellas por fraude—, hubiera sido factible sin el acontecimiento-fundador del 1 de enero de 1994?

<sup>142</sup> No olvidemos que en el mayo francés del 68, paradigma de las revueltas occidentales, la lucha social no tuvo traducción positiva en el plano electoral: la reacción inmediata de los votantes fue contraria a los estudiantes y obreros *revoltés*.

<sup>143</sup> Es el título de los IV Encuentros de la Fundación Viento Sur que tendrán lugar en la Dehesa de la Villa de Madrid (11-13 de julio de 1997).

general del 14-D de 1988 y algunas movilizaciones de los estudiantes de secundaria, para nada estamos viviendo, como en Francia, un remozado protagonismo socio-político de lo que cuando éramos jóvenes llamábamos “las masas”, a sabiendas de la tradición de lucha social que existe en nuestro país. Sin embargo, el retorno historiográfico de los conflictos es más notorio en España que en Francia.<sup>144</sup> Pueda que estemos ante una manifestación más de las diferencias de ritmo entre lo historiográfico y lo político-social; no obstante, si hay una historia hija de su tiempo esa es la historia de los movimientos sociales: o la aldea global hace que pierdan definitivamente peso las coyunturas nacionales, o nos estamos anticipando al porvenir nacional...<sup>145</sup>

La falta de tiempo y espacio —la ponencia rebasa ya, en folios escritos, el número habitualmente permitido— no nos va a permitir examinar, en esta ocasión, crítica y autocríticamente, las recientes investigaciones españolas sobre luchas sociales, ni conectar con más detalle este retorno de la historia de los conflictos con el debate historiográfico general, en pleno cambio de siglo y de paradigmas. Quiero dejar constancia, en todo caso, de la importancia de hacerlo. La dinámica de la historiografía de movimientos y conflictos sociales es harto significativa de la evolución de la historiografía en general, se trata de una temática “fuerte” cuyo auge y caída ilustran adecuadamente los cambios historiográficos e históricos. ¿Cómo va a ser, está siendo ya, o debe ser, la “tercera ruptura” en la historiografía de los movimientos y conflictos sociales? ¿Qué relación historiográfica guarda con el cambio global de paradigmas? ¿Qué papel va a jugar el sujeto colectivo en la construcción del nuevo paradigma de la historia? ❧

FECHA DE RECEPCIÓN: 8/V/99

FECHA DE ACEPTACIÓN: 23/V/99

<sup>144</sup> Aunque también allí se nota que algo pasa entre los historiadores jóvenes: Alessandro Stella, investigador del CNRS, empieza con una confesión su gran investigación sobre los *ciompi*: “En los años 1970, yo he formado parte en Italia del movimiento político que sigue a la revuelta del 68”, *La révolte des ciompi. Les hommes, les lieux, le travail*, París, 1993; otro ejemplo, Jérôme Baschet, del grupo de antropología histórica del occidente medieval de la EHESS de París, fue profesor invitado, durante el curso (1997-1998), a la universidad mexicana de San Cristóbal de las Casas, en el estado de Chiapas.

<sup>145</sup> Cuando el texto revisado de esta ponencia descansaba ya en un sobre postal —a nombre de Santiago Castillo, presidente de la Asociación de Historia Social— se han sucedido las manifestaciones de millones de vascos y españoles contra el terrorismo de ETA (10-15 de julio de 1997), desbordando en ocasiones a los políticos, ocupando las calles, al borde del motín frente las sedes de HB, demostrando en suma que, también en España, vuelve a la calle el sujeto de la historia.